

La verdadera causa de los males de nuestro mundo

Este nuevo número de nuestro boletín ve la luz un mes después del anterior. Un periodo en el que, en teoría y por su carácter estival, cabía esperar cierta tregua: semanas de descanso, serenidad y un necesario paréntesis en las tensiones habituales.

Sin embargo, esa expectativa no tardó en truncarse. A la persistencia de graves conflictos globales y guerras no tan lejanas a nuestras fronteras, se ha sumado un acontecimiento que nos atañe de forma directa y plantea importantes retos para la sociedad española: la severa crisis migratoria vivida en Ceuta. El repentino y masivo flujo de personas desbordó de inmediato las capacidades logísticas, de acogida y de seguridad de la ciudad autónoma, desencadenando una situación de extrema tensión humanitaria e institucional. Aunque la urgencia más crítica ha comenzado a encauzarse, la ciudad aún afronta un panorama complejo: la saturación de los centros de acogida, la delicada gestión de los menores no acompañados y la incertidumbre diplomática mantienen a Ceuta en un estado de vulnerabilidad constante.

Sobre esta realidad incluimos un artículo que contempla el problema desde una perspectiva profundamente humana y empática: la mirada de un niño de doce años frente a los soldados, suplicando no ser repatriado. Es un texto que busca despojar la crisis de su fría dimensión geopolítica para situar la vivencia infantil en el centro de la reflexión. Ese niño en la frontera es el reflejo de una sociedad que debe decidir si responder desde la burocracia deshumanizada o desde el deber ético, legal y evangélico de proteger a los más vulnerables.

La pérdida de vidas de tantos jóvenes, ahogados al intentar rodear a nado el espigón fronterizo, interpela a nuestra conciencia e impone una pregunta fundamental: ¿qué causas originan semejante desesperación y el empuje hacia una travesía tan peligrosa? En este número –y en nuestra página web (cristianosdebasedegijon.com)– abordamos también otros aspectos de la problemática actual: el persistente drama de la vivienda en España, la marginación de la mujer en la Iglesia, las guerras activas en el mundo o la incapacidad eclesial de acometer las reformas necesarias para desempeñar la misión que Jesús nos encargó.

A primera vista, parecen problemas diversos y desvinculados entre sí. Sin embargo, un análisis profundo revela que comparten una misma raíz: un sistema socioeconómico edificado sobre el clasismo y la desigualdad. El capitalismo desmedido es la expresión más acabada del rechazo explícito al mandato del Evangelio: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo». Un mundo construido sobre la codicia, el afán de lucro y el dominio del fuerte sobre el débil no puede dar otros frutos que la injusticia, el descarte y el dolor que hoy contemplamos.

Como cristianos de base, no podemos resignarnos a aceptar este orden de cosas como un destino inevitable. Sufriremos estas calamidades mientras no entendamos que el Reino de Dios exige transformar las estructuras injustas de este mundo. «Otro mundo es posible» no es sólo un lema social; es una exigencia de fe. Trabajar por la justicia, la acogida y la fraternidad universal es la única forma de dar testimonio real del Dios de la vida y comenzar a construir, desde hoy y entre todos, la alternativa del Creador.



Un adiós a Faustino: Vida, coherencia y entrega

El jueves 20 de agosto nos dejó Faustino César Vilabrille a los 90 años de edad. Con su marcha se apaga la voz de un sacerdote incansable, un misionero entregado, un impulsor del cooperativismo y un luchador firme por la justicia social. Para quienes integramos la **Comunidad de Cristianos de Base de Gijón**, Faustino fue, ante todo, un compañero de camino y un amigo entrañable. Su partida nos deja un vacío inmenso, pero también la luz de una trayectoria ejemplar, caracterizada por una coherencia inquebrantable entre su Fe y sus actos hasta el último de sus días.

Homenaje y testimonios de una vida comprometida

Para honrar su memoria, hemos reunido en nuestra página web una serie de semblanzas y artículos elaborados por diversos colectivos, dentro y fuera del ámbito eclesial, en los que participó activamente, así como colaboraciones de las plataformas digitales donde difundía habitualmente su pensamiento crítico y renovador.

A continuación, compartimos el testimonio personal de un integrante de nuestra **Comunidad de Cristianos de Base de Gijón**. A través de sus palabras, nos relata cómo fue su primer encuentro con Faustino y el profundo impacto que causó en él su forma radical, cercana y comprometida de encarnar el Evangelio en la sociedad actual.

Laureano, que era el cura de San Melchor de El Cerillero allá por los años ochenta del siglo pasado, me encargó la catequesis para el siguiente curso. Recuerdo que me invitó a elegir entre varios catecismos que tenía

sobre la mesa; todos eran muy bonitos, coloridos y llamativos, excepto uno. Aquel último no era más que un fajo de fotocopias escritas a máquina, solo en blanco y negro.

Tras ojear los catecismos visualmente más atractivos, dejé para el final el menos vistoso. Sin embargo, en cuanto empecé a leer su contenido y a comprender su metodología, lo tuve claro: descarté todos los demás por aquel documento sencillo, que era, sin duda, el que guardaba la mejor pedagogía y el mensaje más profundo. Cuando le pregunté a Laureano de dónde había salido, me respondió con sencillez: “**Es de Faustino**”.

Así comenzó mi historia con él. Sin apenas tener relación directa en aquel momento, Faustino empezó a marcar mi vida. Con los años, he escuchado hablar a muchas personas con una capacidad enorme para comunicar, capaces de convencer incluso a los más escépticos, pero que, al cabo del tiempo, caían en contradicciones porque sus vidas no se correspondían con sus palabras. Faustino no era de esos.

Cuando el tiempo me dio la oportunidad de conocerlo en persona, pude constatar su compromiso inquebrantable con los más desfavorecidos. Supe de su impulso a la cooperativa en Trevías y de su determinación para viajar a Guatemala, decidido a conocer de primera mano la realidad de las comunidades indígenas en Alta Verapaz. Ni siquiera el calvario físico que sufrió tras visitar una plantación de café —donde el ataque de unos ácaros en la piel lo torturó hasta que el médico lo solucionó—, ni la persistente diarrea con la que regresó a España, lograron frenarlo. Volvió allí para poner en marcha un proyecto vital: llevar agua potable a las distintas aldeas indígenas que se habían organizado en cooperativa.

Pero a Faustino no debió de parecerle suficiente. En cuanto entró en contacto con una hermana Dominica de la Anunciata, su rumbo se dirigió a Ruanda. Allí se topó con el mismo problema de escasez de agua, y volvió a solucionarlo instalando depósitos que financió gracias a su incansable red de colaboradores.

Porque Faustino no convencía con discursos vacíos; convencía con hechos, con su vivencia personal y con un compromiso radical con el Evangelio.

Estoy seguro de que, en estos momentos, nuestro Señor lo tiene ya en su seno.

Faustino, gracias de corazón por tu ejemplo.

Luis López Fernández

Las élites tecnológicas no solo financian proyectos, los diseñan, los amplifican y los instrumentalizan, son los arquitectos de la «Ilustración Oscura»

— (El Tábaro Economista) —

— Alejandro Marcó del Pont —



Vivimos bajo una ilusión óptica de proporciones históricas. Cuando observamos el ascenso de figuras como Donald Trump, Javier Milei o Itamar Ben-Gvir, la opinión pública tiende a interpretar sus gestos, insultos y políticas como síntomas de un caos incontrolable, el desborde de la irracionalidad o el regreso fantasmal de los espectros del siglo XX. Nada podría estar más lejos de la realidad. Estos líderes no son anomalías ni locos sueltos. Son gerentes de la destrucción sistemática, altavoces humanos de un proyecto meticulosamente diseñado desde las élites globales. Lo que presenciamos no es un accidente de la historia; es una convergencia sistémica.

Como señalaba Karl Marx, las ideas dominantes de cada época no son más que las ideas de la clase dominante. Las élites tecnológicas ya no se limitan a financiar proyectos. Hoy diseñan la infraestructura misma sobre la que se produce, distribuye y consume el discurso. La genialidad perversa del momento actual es que esta dominación ya no se ejerce con el lenguaje técnico y moderado del neoliberalismo de los noventa. Se ejerce con un vocabulario beligerante, visceral y destructor que ha colonizado el sentido común sin generar inmunidad social alguna.

Para comprender este fenómeno, debemos abandonar la etiqueta simplista de «fascismo clásico». Lo que emerge hoy es un autoritarismo de nueva generación, un híbrido mutante donde cada líder defiende a una elite específica y a un proyecto concreto, adaptándose a las coordenadas locales, pero bebiendo de la misma fuente ideológica. Donald Trump, en este sentido, no fue una anomalía, sino el proveedor del molde comunicacional global: la política como espectáculo de realidad, la deslegitimación sistemática de las instituciones verificadoras y la transformación del adversario político en un enemigo existencial.

Ben-Gvir no es un fanático israelí suelto. Es el Ministro de Seguridad Nacional de un gobierno que ha convertido la expansión de asentamientos en su prioridad máxima. Los acuerdos de coalición de Netanyahu se comprometieron a «avanzar y desarrollar el asentamiento en todas las partes de la tierra de Israel», incluyendo la anexión de Cisjordania. Él no representa un mero extremismo marginal; es la materialización de un proyecto de ingeniería demográfica y territorial que exporta un modelo de «seguridad» basado en la represión preventiva, la expansión colonial y la normalización de la violencia etnonacionalista como política de Estado. ¿Por qué necesita Ben-Gvir un léxico de «muerte a los terroristas», de armar civiles, de justificar la violencia de colonos? Porque la limpieza étnica requiere un lenguaje que la deshumanice.

Para entender cómo este engaño prospera y logra tal adhesión, debemos recurrir al análisis de Ernesto Laclau y su concepto de «La razón populista». Laclau nos enseñó que mientras cada reclamo social permanezca aislado y separado, el sistema puede absorberlos, fragmentarlos o ignorarlos sin mayores riesgos. Pero cuando las instituciones dejan de responder a las necesidades básicas de la población, esas demandas dispersas comienzan a unirse. Se forja lo que él denominó una «cadena de equivalencias».

Esto no significa que todos quieran exactamente lo mismo, sino que todos empiezan a percibir que tienen un enemigo común que frustra sus aspiraciones de vida digna. Aquí reside la genialidad perversa y el secuestro ideológico operado por la nueva derecha. Figuras como Trump, Milei o

Ben-Gvir no crearon este malestar; lo interceptaron. Identificaron esa cadena de equivalencias en formación y, con precisión le asignaron un enemigo falso o parcial gritando en contra de, “inmigrantes” «el establishment», «la casta», «la oligarquía», «Bruselas» o «Wall Street», pero lo hacen de una manera calculada que desvía la ira hacia chivos expiatorios culturales o minoritarios, mientras protegen a los verdaderos arquitectos del despojo.

La toma del Estado por parte de estas élites deja expuesta la crudeza de esta operación y valida la advertencia de Laclau sobre la fragilidad de las cadenas de equivalencias mal dirigidas. Estos líderes no odian al Estado; odian al Estado democrático, regulador y redistributivo. Aman al Estado como botín de pago y brazo represivo. Primero, se promueven políticas de austeridad extrema y se despiden funcionarios técnicos competentes, provocando un deterioro intencional de los servicios públicos. Luego, se señala ese deterioro como la prueba irrefutable de que el Estado es inherentemente ineficiente, corrupto e inútil. Finalmente, se ofrece la «solución». La privatización de funciones estatales a sus propias empresas o aliados corporativos.

El resultado es tan cínico como brillante: Elon Musk se burla de la burocracia gubernamental mientras recibe miles de millones en subsidios y contratos del Estado. Peter Thiel predica el libertarismo mientras su empresa, Palantir, se convierte en el sistema operativo de facto de los servicios de inteligencia y la policía predictiva en Occidente.

Si aceptamos que estos líderes son meros gerentes políticos o voceros de las élites económicas y tecnológicas, surge una pregunta inevitable: ¿por qué no utilizan el lenguaje técnico, pulcro y moderado del neoliberalismo clásico? ¿Por qué optan por un léxico tan beligerante, visceral y destructor? La respuesta es que la destrucción no es un error del sistema, sino una funcionalidad diseñada. Este léxico destructor cumple funciones estratégicas precisas.

En primer lugar, la destrucción actúa como requisito previo, una versión actualizada de la doctrina del shock. Para implementar proyectos de acumulación por desposesión, es necesario eliminar primero los obstáculos institucionales, legales y simbólicos que los frenan. El ariete simbólico del insulto y la amenaza demuele la legitimidad de las instituciones para que, cuando lleguen las medidas económicas, no haya nada que las frene. En segundo lugar, este discurso opera como un espacio ideológico destinado a desplazar la ira hacia abajo, desviando la rabia legítima contra la desigualdad estructural hacia minorías vulnerables o enemigos internos inventados creando chivos expiatorios: el inmigrante, el «comunista» o el «terrorista».

Tercero, y esto es lo más cínico: en la economía digital, el conflicto es el activo más rentable. Los algoritmos de las redes sociales están diseñados para priorizar la indignación y el miedo, porque son las emociones que generan más tiempo de pantalla y más datos. El léxico destructor de estos líderes es contenido de alto rendimiento. La polarización constante consolida el monopolio de las tecnológicas sobre la esfera pública. La irracionalidad es, literalmente, un modelo de negocio.

Finalmente, la post-verdad se erige como una herramienta de dominio. El objetivo no es convencer, sino agotar. A través de la estrategia del fuego de saturación, se destruye la noción misma de verdad objetiva. Si la sociedad no puede ponerse de acuerdo sobre lo que es real, no puede organizarse para resistir, dejando como única brújula la fuerza bruta y la lealtad al líder.

Si aceptamos que la destrucción no es un error, sino una herramienta, la pregunta obligada es: ¿quién cobra el seguro de esa destrucción? Los beneficiarios de esta demolición institucional y social son claramente identificables, como veremos, pero primero hay que definir que el neoliberalismo es la política de la destrucción. No es un error, no es una falla de diseño. Es un sistema construido para socavar la democracia, aumentar el poder corporativo, profundizar la desigualdad, permitir la extracción de rentas y mantener la pobreza como condición estructural.

La destrucción de servicios públicos, la privatización de la energía, el agua, la vivienda, la salud —no son «ineficiencias» que se corrigen. Son transferencias deliberadas de autoridad de los ciudadanos a las corporaciones. Y cuando esos servicios colapsan, el colapso mismo se usa como evidencia de que «el Estado no funciona», justificando más privatización. Es un ciclo de destrucción intencional.

Entonces, he aquí a los beneficiarios de esta destrucción. En primer lugar, el capital financiero especulativo y los fondos buitres, que compran activos locales a precio de remate tras las devaluaciones y la incertidumbre institucional provocadas deliberadamente.

En segundo lugar, el oligopolio tecnológico y la industria de la vigilancia. Como ha documentado recientemente la prensa internacional, los multimillonarios detrás del estado de vigilancia de Trump no buscan el caos por sí mismo, sino la consolidación de un aparato de control. Al debilitar las leyes de protección de datos y derechos civiles, empresas como Palantir, vinculada a Peter Thiel, obtienen contratos multimillonarios para proveer sistemas de vigilancia masiva y gestión de datos poblacionales.

Ante este despliegue de poder, surge una paradoja desconcertante: ¿por qué las sociedades no contestan? La academia sociológica y política identifica cuatro factores estructurales que explican este asentimiento. El primero es la apropiación del discurso antisistema por parte de la extrema derecha, que ha logrado canalizar la rabia legítima contra las élites globalizadas, desviándola hacia minorías vulnerables, mientras que la izquierda y el liberalismo clásico son cuestionados por haber sido gestores del neoliberalismo durante décadas y, por lo tanto, carecen de credibilidad para liderar esta rebelión.

El segundo factor es el desplazamiento constante de la ventana de Overton (es un modelo teórico de comunicación y ciencia política que describe cómo cambia la percepción de la sociedad sobre las ideas); la extrema derecha utiliza su proximidad a conglomerados mediáticos y algoritmos para normalizar su discurso, haciendo que lo inaceptable de ayer sea el debate legítimo de hoy y la política de Estado de mañana.

El tercer factor es el agotamiento del imaginario alternativo. Los partidos tradicionales ofrecen solo gestión técnica en lugar de proyectos de sociedad. El cinismo autoritario resulta más atractivo que la resignación liberal. Finalmente, la fragmentación y alienación digital atrapan a la población en cámaras de eco diseñadas para la polarización, impidiendo la formación de una conciencia de clase o una resistencia civil coherente y organizada.

Hacia dónde conduce esta irracionalidad es la proyección geopolítica más sombría de nuestro tiempo. Si esta trayectoria no se frena, nos encaminamos hacia el colapso definitivo del multilateralismo, ya que estos actores sienten un profundo desprecio por los valores compartidos, considerándolos una amenaza para sus proyectos de homogeneidad nacional. Esto nos lleva a un mundo fragmentado, propenso a conflictos regionales y guerras comerciales.

Más alarmante aún es el avance hacia un capitalismo autoritario híbrido, un sistema donde el capital tecnológico y financiero opera sin reglas, mientras que la fuerza laboral y la disidencia política son sometidas a un control estatal represivo y vigilancia masiva. Es la barbarie institucionalizada, donde la normalización del léxico de la brutalidad se traduce inevitablemente en políticas públicas que deshumanizan a sectores enteros de la población, erosionando irreversiblemente el Estado de derecho.

En este contexto, la metáfora de la colonización de Marte, promovida con tanto entusiasmo por algunos de estos magnates, revela su verdadera naturaleza ideológica. Conquistar dicho planeta es una utopía distractora; la verdadera colonización hay que hacerla en la Tierra. El discurso de los búnkeres de supervivencia y los viajes espaciales cumple la función de una fantasía del bote salvavidas, permitiendo que la élite se vea a sí misma como exploradora visionaria en lugar de lo que realmente es: una casta extractiva. La realidad es que la colonización ya está ocurriendo aquí y ahora.

Es fundamental entender que el capitalismo de la vigilancia no se construye para proteger a la sociedad, sino para blindar a las élites. Los sistemas de reconocimiento facial, la minería de datos y la policía predictiva no son herramientas de seguridad ciudadana; son mecanismos de control social diseñados para gestionar a una población que, en la lógica de la automatización y la inteligencia artificial, comienza a ser considerada superflua.

En el capitalismo industrial, la élite necesitaba a las masas como trabajadores y consumidores. En la era actual, las élites tecnológicas están llegando a la conclusión de que las masas son prescindibles para la producción de alto valor. La respuesta del modelo no es el bienestar universal, sino la contención: guetos digitales, entretenimiento de bajo costo y, para los que se rebelan, represión algorítmica.

La historia demuestra que el autoritarismo no avanza sólo por la maldad de sus líderes, sino por el silencio cómplice de quienes, pudiendo nombrar el fenómeno y actuar, eligen la comodidad del cinismo. La única forma de desactivar este mecanismo no es debatiendo en el terreno del insulto que ellos eligen, sino exponiendo sistemáticamente, con frialdad geoeconómica, a quiénes benefician realmente sus políticas destructivas.



La vivienda, reconocida en nuestras leyes como un derecho indispensable para una vida digna, se ha convertido en España en uno de los ámbitos donde con mayor claridad se enfrentan las necesidades de la mayoría y los intereses del capital. Para una parte creciente de la sociedad ha dejado de ser, ante todo, un lugar donde vivir y desarrollar un proyecto de vida para convertirse en un activo financiero destinado a generar rentabilidad. Mientras millones de personas necesitan un hogar, quienes poseen viviendas pueden obtener de ellas rentas crecientes, incrementar su patrimonio o especular con su valor.

No se trata simplemente de que haya pocas viviendas y mucha demanda, sino de la forma en que se organiza el acceso a un bien esencial. Cuando una familia dedica la mitad de sus ingresos al alquiler, un joven con empleo no puede emanciparse o un barrio expulsa a sus vecinos porque ya no pueden pagar las nuevas rentas, no estamos ante un fallo ocasional del mercado, sino ante las consecuencias de haber subordinado la función social de la vivienda a la lógica del beneficio.

Buena parte de esta situación tiene su origen en la crisis financiera e inmobiliaria de 2008. El hundimiento del mercado dejó miles de viviendas en manos de bancos y entidades financieras, mientras numerosas familias perdían sus hogares. Grandes fondos internacionales aprovecharon entonces la depreciación de esos activos para adquirir enormes carteras de viviendas a bajo precio. Su estrategia consistía en comprar barato, incrementar la rentabilidad mediante los alquileres y vender posteriormente con importantes beneficios.

Ahora algunos de esos fondos están desinvirtiendo, pero ello no supone necesariamente una mejora para quienes viven en esas viviendas. Los cambios de propietario pueden traducirse en renegociaciones de contratos, incrementos de alquileres o pérdida de la vivienda. Cuando una familia debe abandonar su barrio, sus redes sociales y su entorno cotidiano, el problema trasciende una simple operación económica.

Por ello resulta fundamental que las administraciones dispongan de instrumentos eficaces para incorporar viviendas al parque público mediante derechos de tanteo y retracto, adquisición directa o construcción de nuevas viviendas sociales. Sin una intervención sostenida, el sector público seguirá siendo incapaz de equilibrar un mercado dominado por operadores con mucha mayor capacidad financiera.

Sin embargo, reducir el problema a la actuación de los grandes fondos sería insuficiente. En España existe una larga tradición de propiedad inmobiliaria. Muchas familias poseen una segunda vivienda como complemento de ingresos o garantía para la jubilación, y buena parte del mercado del alquiler está en manos de pequeños propietarios.

Pero esta realidad no elimina la desigualdad fundamental entre quien dispone de un patrimonio inmobiliario y quien depende exclusivamente de su salario para acceder a una vivienda. Cada aumento del precio de compra o del alquiler amplía esa diferencia. Las generaciones que adquirieron vivienda cuando los precios eran más bajos han acumulado un patrimonio considerable, mientras muchos jóvenes afrontan salarios insuficientes,

empleo precario y precios muy superiores a su capacidad económica. Una parte creciente de sus ingresos termina transfiriéndose a quienes poseen vivienda.

Esta situación afecta especialmente a los jóvenes, pero también a numerosos trabajadores extranjeros y a quienes viven en las grandes ciudades y zonas turísticas, donde la vivienda residencial compite con los pisos turísticos, los alquileres temporales y otros usos mucho más rentables. Se produce así una paradoja creciente: las ciudades que generan empleo expulsan precisamente a quienes sostienen sus servicios esenciales.

Todo ello demuestra que el precio de la vivienda no puede explicarse únicamente mediante la oferta y la demanda. No negocian en igualdad de condiciones quien necesita urgentemente una vivienda para vivir y quien dispone de varias propiedades o administra miles de inmuebles. El mercado inmobiliario reúne actores con intereses profundamente distintos: grandes fondos, bancos, promotores, pequeños propietarios, familias trabajadoras e inquilinos.

Esta diversidad de intereses explica también las diferencias entre los distintos proyectos políticos. Las posiciones conservadoras y liberales suelen priorizar la defensa de la propiedad privada y consideran que una regulación intensa del alquiler puede reducir la oferta disponible, por lo que apuestan por incentivar la construcción, facilitar la inversión privada y ofrecer mayor seguridad jurídica a los propietarios.

Las posiciones progresistas parten, en cambio, de que la vivienda constituye un derecho básico cuya función social debe prevalecer cuando el mercado impide el acceso a una vivienda digna. Desde esta perspectiva se justifican medidas como la regulación de determinadas zonas tensionadas, la ampliación del parque público, la protección de hogares vulnerables o la imposición de obligaciones específicas a los grandes propietarios.

La Ley 12/2023 ha incorporado algunas de estas herramientas, pero sus efectos dependen en gran medida de la voluntad de las comunidades autónomas y los ayuntamientos para aplicarlas. De ahí que una misma legislación produzca resultados muy diferentes según las prioridades políticas de cada administración.

Lo mismo ocurre con otras decisiones relevantes, como la regulación de las viviendas turísticas, la inversión en vivienda pública o la fiscalidad sobre la propiedad inmobiliaria. Ninguna de estas medidas es neutral: todas favorecen unos intereses sociales y limitan otros.

Por eso el debate sobre la vivienda no puede reducirse a una cuestión técnica sobre precios o número de viviendas construidas. En realidad plantea una pregunta mucho más profunda: ¿debe prevalecer el derecho de obtener el máximo rendimiento económico de una vivienda o el derecho de toda persona a disponer de un hogar asequible?

Responder a esta cuestión implica decidir qué modelo de sociedad queremos. Si la vivienda continúa tratándose principalmente como un activo financiero, quienes carecen de patrimonio deberán dedicar una parte creciente de sus ingresos a quienes sí lo poseen, reforzando las desigualdades existentes. Si, por el contrario, se reconoce plenamente su función social, será necesario ampliar de forma sustancial el parque público, proteger a los inquilinos, limitar los usos especulativos y orientar la política fiscal hacia un acceso más equitativo a la vivienda.

No se trata de enfrentar indiscriminadamente a propietarios e inquilinos. La diferencia decisiva no está entre quien posee una vivienda y quien vive de alquiler, sino entre quien obtiene rentas significativas gracias a un patrimonio inmobiliario y quien depende exclusivamente de su trabajo para acceder a un techo. La vivienda se ha convertido así en uno de los principales mecanismos de reproducción de la desigualdad.

En última instancia, el problema de la vivienda no es únicamente económico. Es una cuestión de justicia social, de distribución de la riqueza y de poder. Mientras unos puedan decidir cuánto cuesta el techo de los demás, el derecho a la vivienda seguirá dependiendo menos de las necesidades de las personas que de la capacidad de obtener beneficios con ellas.



LA GRAN MARGINACION DE LA MUJER EN LA IGLESIA

—†—
Faustino Vilabrille Linares

Lamentablemente acabamos de ver como el Vaticano, con fecha de junio pasado, prohíbe radicalmente a todos los seglares predicar la Homilía en cualquier misa. Si esto afecta a todo seglar, mucho más difícil va a ser el acceso de la mujer al sacerdocio.

En la Iglesia hay hombres y mujeres licenciados y doctorados en Teología, que saben mucho más de Jesús y su Mensaje que muchos de los sacerdotes que predicán en las misas de las iglesias. No pocos de estos lo hacen a veces bastante mal, en el fondo y en la forma. Con frecuencia se les nota muy poca preparación de la homilía, recurriendo a los mismos tópicos religiosos, muy alejados de la realidad, de los problemas, de las necesidades y aspiraciones de los asistentes.

Llevamos ya bastantes años pensando y viendo clara vez más claro que la Iglesia, sin darles a ellas la misma misión que les da a los varones, nunca llegará a ser la verdadera Iglesia de Jesucristo.

Todos estamos de cuerdo en que el hecho cumbre de la vida de Jesucristo fue su RESURRECCION, y este hecho fue manifestado a las mujeres antes que a los hombres. Es más, fueron ellas y en particular María Magdalena las escogidas por Jesús para anunciarlo a los Discípulos y Apóstoles. María Magdalena tuvo el honor de ser "el primer testigo" de la resurrección del Señor, la primera en ver la tumba vacía y la primera en escuchar la verdad de su resurrección.

Jesús tiene una consideración y una compasión especial por esta mujer, que manifiesta su amor por él, buscándolo en el huerto llorando, hasta el punto de que Jesús le dice: ¿"Mujer, por qué lloras, a quién buscas"? Jesús le dice "María". Ella, al oír que la llama por su propio nombre, lo reconoce al instante y va a decirles a los discípulos: **"He visto al Señor"**.

Ellas también fueron las más fieles a Jesús en los momentos más duros de su vida: ellos lo negaron, como Pedro, e incluso abandonaron durante la Pasión, pero ellas lo acompañaron hasta la cumbre del monte Calvario. Algunos de ellos como Tomás dudaron de su Resurrección, hasta el punto que Jesús se lo echó en cara: "¿por qué surgen dudas entre vosotros?"

Pero ellas no dudaron de la Resurrección de Jesús y creyeron en ella desde el primer momento, e incluso María Magdalena fue la primera en anunciarla a los discípulos, de tal manera que hasta Santo Tomás de Aquino, filósofo y teólogo, en el siglo XIII, califica a María Magdalena, ya en aquel tiempo, de **APOSTOLA DE LOS APOSTOLES**.

¿Cómo es posible que la Iglesia Oficial, siga siendo todavía hoy tan machista y tan andrógina, tan lejos de reproducir hoy el mismo comportamiento que tuvo Jesús con las mujeres de su tiempo, un tiempo en que el machismo de Israel con las mujeres estaba en pleno apogeo, donde hasta los hombres "daban gracias a Dios por no haber nacido mujer"? Es por lo que el comportamiento de Jesús con las mujeres adquiere mucho más valor de lo que parece a primera vista.

La Iglesia cometió graves errores institucionales y morales durante su historia, como la espantosa inquisición, incluida la tortura e incluso la hoguera, la persecución a verdaderos científicos como Galileo, la condena radical del modernismo, la defenestración de grandes teólogos afines y promotores de la Teología de la Liberación comprometida con los más empobrecidos del mundo en coherencia directa con Jesús y su Mensaje. Y lo más increíble, deleznable y abyecto de nuestro tiempo, como la pederastia en parroquias, colegios y seminarios.

Actualmente en la Iglesia ya hay más mujeres que hombres comprometidos con los más empobrecidos de la tierra, lo que pertenece a la misma esencia del Evangelio. Con todo y con eso las mujeres siguen sin ser reconocidas en todo su valor al interior de la estructura jerárquica de la misma: este es uno de los grandes errores en los que sigue instalada la Iglesia Oficial actual, pero

la mujer es tan digna para el sacerdocio, el episcopado y el papado como el varón, y mientras siga estando tan prohibida y marginada nunca será la verdadera Iglesia de Jesucristo.

El Evangelio de hoy habla de que los discípulos de Jesús, al verlo andar sobre las aguas, pensaban que era un fantasma: Parece que la Iglesia aún sigue viendo un fantasma en la mujer. Jesús y la mujer no son un fantasma, sino la realidad que sigue necesitando siempre el mundo, y la Iglesia actual aun más, para un mundo y una Iglesia mucho mejores. **Frente al clericalismo actual, necesitamos una Iglesia del pueblo y para el pueblo cada vez más fiel transmisora del mensaje de Jesús de Nazaret.**

La Iglesia no puede posponer por más tiempo la reforma sobre su modelo de gobierno. El actual representa una concepción excluyente del poder, reservada en exclusiva a varones, célibes y ordenados; un poder que resulta extremadamente vertical, piramidal, centralista, elitista y gerontocrático. Urge un modelo más abierto, transparente, corresponsable e incluyente de gobierno de la Iglesia.

El poder hay que definirlo y regularlo al servicio de la Comunidad. **No vale un gobierno para el pueblo pero sin el pueblo. Una cosa es la constitución dogmática de la Iglesia**, en cuanto que el poder sacramental no lo recibe del pueblo mediante una elección democrática sin más. **Pero otra cosa es la constitución pastoral de la Iglesia**, la cual no puede ser entendida sin el pueblo. Por ejemplo, la ordenación sacramental para consagrar la Eucaristía no procede del pueblo, pero sí puede y debe proceder del pueblo la designación de las personas que deban ejercer ese ministerio sacramental. En los Hechos de los Apóstoles, está claro que la Comunidad presentó dos miembros para elegir a uno de ellos como Apóstol, y para elegir a uno de los dos echaron a suertes (Hechos 1,23-26). Es decir, no fue elegido a dedo. Para elegir a los siete Servidores de la Comunidad, los doce Apóstoles convocaron la Asamblea de los discípulos y fue esta quien eligió a los que les parecieron los mejores, que los presentó a los Apóstoles y estos les impusieron las manos (Hechos 6,1-6). Por tanto la designación de las personas estaba en manos de la Comunidad.

En consecuencia, **el sistema piramidal de gobierno de la Iglesia**, donde todo viene de arriba abajo tiene que desaparecer, y la designación y elección de las personas que ejerzan toda clase de funciones ministeriales y de servicio a la Comunidad **tiene que ser competencia de la Comunidad**. Es necesario formular esto teológica y jurídicamente, con la correspondiente reforma en profundidad del Código de Derecho Canónico. La Iglesia tiene que dar el paso a ser una democracia pura y plena en la elección y designación de las personas que ejerzan en ella cualquier clase de función o servicio.

Y respecto a ser mujer: **¿Es acaso algo indigno ser Mujer?** Jesús de Nazaret nació de una mujer que estaba en gestación cuando fue a ver a su prima Isabel (Lucas 1,45) y así estaba cuando fue a empadronarse, y allí se le cumplieron los días del alumbramiento (Lucas 2,5-6), y así de este alumbramiento de María nació Jesús de Nazaret.

Es más, si una mujer, Isabel, fue escogida por Dios para ser madre del precursor del Mesías, Juan Bautista; si una mujer fue digna de ser escogida por Dios para Madre de su propio Hijo, Jesús de Nazaret; si ambas mujeres estaban llenas del Espíritu Santo (Lucas 1,35 y 41); si ambas mujeres pudieron dirigirse a Dios con su propia palabra, cómo las mujeres no van a poder proclamar la lectura de la Palabra de Dios, y más aún poder explicarla, tanto dentro como fuera del templo, tanto en una celebración de la Palabra de Dios como en la celebración de la Eucaristía? Por tanto la predicación, que ahora oficialmente sólo puede hacer el celebrante de la Eucaristía o un clérigo ordenado, han de poder hacerla todo hombre o mujer que estén capacitados para ello.

En consecuencia: Igual que hay instituciones para preparar a los varones para el ministerio ordenado, ha de haberlas exactamente igual para las mujeres, y esto es ya verdaderamente urgente. Actualmente lamentamos que aún no tenemos **COMUNIDADES CRISTIANAS ADULTAS Y MADURAS**, que sigan a Jesucristo y su mensaje aplicado a la realidad concreta de nuestro tiempo, que generen ilusión, deseo de compromiso y personas preparadas para ejercer los servicios que necesite la Comunidad, como la celebración de la Eucaristía, la educación permanente en la fe de todos sus miembros, personas concretas que asuman voluntariados al servicio de la Sociedad en general y sobre todo hacia los más empobrecidos y especialmente los del Tercer Mundo que son los que más lo necesitan, apoyados por la propia Comunidad en todos los aspectos, que debe ser un modelo perfecto de ciudadanía en el cumplimiento de los deberes cívicos.

En Gijón, a 9 de agosto de 2026 - Faustino César Vilabrille Linares



La escalada de la violencia armada elevó a 40 las guerras activas en el mundo durante 2025, la cifra más alta de la última década, según advierte la Escola de Cultura de Pau (ECP) de la *Universitat Autònoma* de Barcelona en su informe anual Alerta 2026! Informe sobre conflictos, derechos humanos y construcción de paz. El estudio alerta además de un aumento paralelo de las tensiones sociopolíticas, que alcanzaron 113 escenarios en todo el planeta, y de un agravamiento de las consecuencias humanitarias para millones de personas.

El centro de estudios señala que el número de conflictos armados pasó de 37 en 2024 a 40 en 2025, consolidando una tendencia ascendente que sitúa al mundo en uno de los momentos de mayor conflictividad desde que la institución comenzó a elaborar este análisis. África volvió a concentrar el mayor número de guerras, con 17 conflictos activos, seguida de Asia y el Pacífico (12) y Oriente Medio (7). Europa y América registraron dos conflictos armados cada una.

Además, la mitad de las guerras activas fueron consideradas de alta intensidad, una categoría que incluye aquellos conflictos que provocan más de un millar de muertes al año y tienen efectos devastadores sobre la población civil, las infraestructuras y el territorio. África concentró 11 de estos conflictos de máxima gravedad, por delante de Oriente Medio, con cuatro.

La directora de la ECP, en las conclusiones del informe, advierte de que el aumento de las guerras internacionalizadas refleja un “deterioro de la seguridad global” y evidencia que numerosos actores internacionales han relegado la prevención de conflictos y el impulso al diálogo político.

Entre los conflictos más letales del año figura la guerra entre Rusia y Ucrania, que causó más de 78.000 víctimas mortales, según datos de Armed Conflict Location & Event Data (Datos sobre Localización y Eventos de Conflictos Armados).

En Sudán, la guerra civil dejó más de 17.800 muertos, mientras que la violencia armada en Myanmar provocó más de 15.300 fallecidos. En Somalia se registraron cerca de 10.000 víctimas mortales y en la región del Sahel occidental, que engloba a Burkina Faso, Malí y Níger, la violencia causó más de 10.000 muertes.

La situación también continuó deteriorándose en la República Democrática del Congo (RDC), donde la ofensiva del grupo armado M23 y la implicación de Ruanda en el este del país provocaron más de 6.800 víctimas mortales durante 2025, la mayoría civiles. En Haití, Naciones Unidas contabilizó más de 8.100 asesinatos entre enero y

noviembre, aunque advirtió de que la cifra real podría ser significativamente superior debido a las dificultades para acceder a zonas controladas por bandas armadas.

El informe destaca igualmente el elevado coste humano de la ofensiva israelí sobre Gaza. Según datos de la Oficina de Naciones Unidas para la Coordinación de Asuntos Humanitarios (OCHA), más de 70.000 palestinos habían muerto entre octubre de 2023 y finales de 2025, una cifra que diversos análisis consideran conservadora.

Uno de los fenómenos que más preocupa a los investigadores es el incremento de los conflictos internacionales. Durante 2025 se contabilizaron nueve guerras entre Estados o claramente internacionalizadas, la cifra más elevada desde que la ECP aplica su actual metodología de clasificación. Entre ellas figuran el enfrentamiento entre India y Pakistán, la escalada militar entre Tailandia y Camboya y el conflicto entre Israel, Estados Unidos e Irán, conocido como la “guerra de los 12 días”.

La intensificación de la conflictividad coincide con un aumento sin precedentes del gasto militar mundial. El Instituto Internacional de Investigación para la Paz de Estocolmo (SIPRI) estima que el desembolso global en defensa alcanzó los 2,718 billones de dólares en 2024, un 9,4% más que el año anterior y el mayor incremento anual registrado desde el final de la Guerra Fría.

La población civil continúa siendo la principal víctima de esta escalada bélica. Naciones Unidas registró más de 36.000 víctimas civiles mortales en 14 conflictos durante 2024 y alertó sobre el uso creciente de armamento explosivo de gran potencia en zonas densamente pobladas. El secretario general de la ONU, António Guterres, denunció además la persistencia de ejecuciones extrajudiciales, torturas, desapariciones forzadas, violencia sexual y desplazamientos masivos en numerosos escenarios de guerra.

La inseguridad alimentaria constituye otro de los efectos más graves. Más de 280 millones de personas sufrieron altos niveles de inseguridad alimentaria en 59 países y territorios afectados, en muchos casos, por conflictos armados. En Sudán, más de 21 millones de personas padecían inseguridad alimentaria aguda, mientras que en Somalia la cifra superaba los 4,4 millones.

Los desplazamientos forzados siguieron marcando la agenda humanitaria global. Según ACNUR, la población desplazada en el mundo alcanzó los 117,3 millones de personas durante el primer semestre de 2025. Sudán se consolidó como la mayor crisis de desplazamiento del planeta, con 12,8 millones de personas obligadas a abandonar sus hogares, de las que 4,3 millones huyeron a países vecinos.

El informe también alerta del retroceso de los derechos de las mujeres en contextos de conflicto. Coincidiendo con el 25 aniversario de la Resolución 1325 de Naciones Unidas sobre mujeres, paz y seguridad, la ECP subraya que el 70% de los conflictos más intensos se desarrollan en países con bajos niveles de igualdad de género. La ONU verificó más de 4.600 casos de violencia sexual relacionada con conflictos durante 2024, un 25% más que el año anterior, siendo mujeres y niñas el 93% de las víctimas.

En conjunto, la ECP concluye que el mundo atraviesa una fase de creciente militarización y deterioro de la seguridad internacional, caracterizada por un aumento de las guerras, la multiplicación de las tensiones geopolíticas y un impacto humanitario cada vez más severo para millones de personas.

José Luis Palacios



Un niño marroquí de doce años llora ante los soldados españoles. Está a pocos metros de la frontera y suplica que no lo devuelvan a Marruecos. Un teniente coronel detiene la repatriación cuando algunos vecinos advierten que es menor. El niño queda finalmente bajo custodia de la Guardia Civil. La escena, grabada el 3 de agosto, dura apenas unos segundos, pero contiene toda la crisis de Ceuta: miedo, frontera, poder, ciudadanía vigilante y una infancia obligada a defender por sí misma su derecho a ser protegida.

¿Dónde ponemos la mirada? Porque el lugar desde el que se observa decide lo que se ve. Desde un despacho aparece una “avalancha”; desde una sede electoral, una oportunidad; desde una cancillería, un instrumento de presión; desde la orilla, en cambio, se ve a una persona que se ahoga.

La batalla de los relatos

Entre el 30 de julio y los primeros días de agosto, unas 72.000 personas, según la última estimación del Ministerio del Interior, entraron en Ceuta desde Marruecos. Muchas llegaron a nado; otras atravesaron el paso fronterizo en medio de una multitud. Una combinación de desesperación social, relajación de los controles marroquíes y rumores difundidos por Instagram, Facebook y TikTok hizo creer a miles de jóvenes que España había abierto la frontera. Autobuses, trenes y taxis se llenaron en pocas horas con dirección a Castillejos.

A 5 de agosto, las autoridades españolas habían recuperado 78 cuerpos en sus aguas. Marruecos reconocía oficialmente 11 muertes, aunque *Caminando Fronteras* afirmaba haber documentado 63 cadáveres en morgues marroquíes, lo que elevaría a 141 el balance conjunto. Las cifras, por tanto, siguen siendo provisionales y controvertidas. Interior calcula que unas 70.000 personas han regresado a Marruecos; la Delegación del Gobierno estima que permanecen en Ceuta alrededor de 2.500, entre ellas unos 500 menores no acompañados.

Las cifras describen la magnitud, pero pueden ocultar la tragedia. “Ciento cuarenta y un muertos” es una tragedia humana; ciento cuarenta y un nombres deberían ser una acusación en regla. Detrás de cada cuerpo hay una madre que llama a un teléfono apagado, una familia que recorre hospitales y morgues, una ausencia que quizá nunca llegue a tener tumba.

Todos miramos, pero no vemos lo mismo

Marruecos contempla Ceuta como territorio propio o cuando menos en disputa, moneda diplomática y válvula de escape para su malestar juvenil. España la mira como frontera exterior que debe defender, emergencia humanitaria que ha de administrar y flanco político que aviva la oposición hasta el límite de la crueldad. La Unión Europea ve una brecha en su perímetro y responde con barreras cada día más fuertes, retornos masivos, vigilancia severa y acuerdos vergonzantes con terceros países. Su primera pregunta suele ser cómo impedir que entren, no por qué arriesgan la vida para salir.

Dentro de España, el drama queda atrapado en la polarización. Unos acusan al Gobierno de imprevisión y debilidad; otros denuncian la utilización política de Marruecos; algunos convierten a toda persona migrante en amenaza y otros reducen el problema a una actitud compasiva. Las comunidades autónomas discuten el reparto de menores como si se repartieran cargas administrativas, olvidando que un menor no es una competencia incómoda. Es un sujeto de derechos amparado por ley.

También las Iglesias miran de manera desigual. En la base encontramos comunidades, Cáritas, parroquias y personas voluntarias que acogen, alimentan y acompañan. La Iglesia

de Cádiz y Ceuta ya había advertido de que el CETI, con 412 plazas, llegó a albergar alrededor de 800 personas y de que los centros de menores sufrían una sobreocupación del 422 %. Pero frente a la gravedad actual se echa de menos una palabra profética más unánime y convincente, inmediata y libre de cálculos institucionales. No basta la asistencia silenciosa cuando los gestos, las palabras y las leyes están deshumanizando a las víctimas.

Una geopolítica sin seres humanos

Europa ha externalizado progresivamente sus fronteras. Paga, negocia o presiona a países de tránsito para que contengan a quienes intentan llegar. Marruecos es presentado como “socio estratégico y fiable” cuando vigila eficazmente y como adversario desleal cuando afloja el control. Las personas migrantes quedan así convertidas en materia de negociación: cuerpos utilizados para obtener financiación, reconocimiento diplomático o ventajas territoriales.

Esta política puede reducir temporalmente las llegadas, pero no elimina las causas: desempleo juvenil, desigualdad, guerras, persecuciones, crisis climática y ausencia de vías legales. Cuando no existen caminos seguros, crecen los rumores y las mafias. Un vídeo falso puede movilizar a miles porque antes existe una esperanza desesperada dispuesta a creerlo.

La frontera necesita orden, identificación y seguridad; negar esto sería irresponsable. Pero el control debe respetar el derecho de asilo, la prohibición de devoluciones colectivas, la protección específica de los menores y el principio de no devolución de quien pueda sufrir persecución o trato inhumano. Seguridad y derechos humanos no son alternativas: una seguridad que prescinde del derecho se convierte en violencia administrada.

¿Quién está mirando desde las víctimas?

Miran desde ellas las familias que buscan con dolor y angustia a sus desaparecidos; los supervivientes que cuentan cómo vieron morir a sus compañeros; los miembros de Salvamento Marítimo, Cruz Roja y Guardia Civil que se lanzan al agua; los sanitarios que reciben cuerpos sin nombre; los vecinos que ofrecen comida o impiden que un niño sea tratado como adulto; las organizaciones de derechos humanos, los periodistas que recuperan nombres y biografías y las comunidades cristianas que mantienen siempre abierta una puerta.

Ellos recuerdan que la pregunta decisiva no es solamente quién permitió el paso (en este caso suficientemente claro), quién difundió el rumor o quién obtiene ventaja política (que suele acabar, como deseamos, en boomerang para quienes lo promueven). La pregunta fundamental es otra: qué habrían necesitado esas personas para no ponerse en manos del mar.

El Evangelio no ofrece un programa técnico de fronteras, pero sí establece desde dónde debe elaborarse: “Fui forastero y me acogisteis” (Mt 25,35). Y en la parábola del samaritano Jesús desplaza la cuestión: no pregunta quién merece ser considerado prójimo, sino quién se hizo realmente prójimo del hombre abandonado al borde del camino (Lc 10,25-37). Hoy ese borde se llama Tarajal.

La verdadera emergencia

Ceuta necesita recursos inmediatos, cooperación leal y no vergonzante griterío entre administraciones, protección de los menores, identificación digna de los muertos, información rigurosa contra los bulos y una distribución solidaria de la acogida. A medio plazo, España y Europa deben abrir vías legales, reforzar el asilo, cooperar con los países de origen sin convertirlos en gendarmes y afrontar las causas económicas y políticas de la emigración.

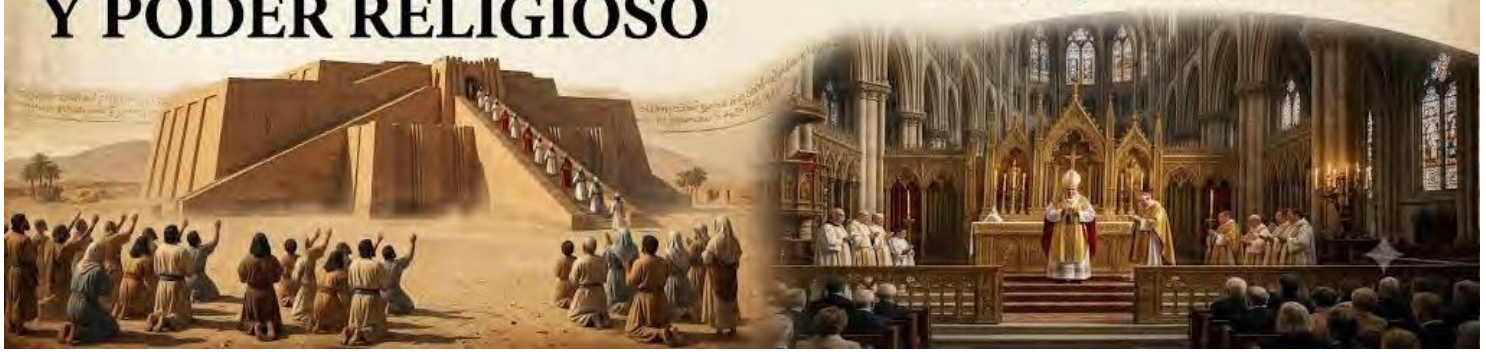
Pero aún falta algo anterior: aprender a mirar.

La crisis de Ceuta no empezó cuando miles de personas cruzaron la frontera. Empezó cuando aceptamos que unos seres humanos puedan ser utilizados como arma por los Estados, como munición por los partidos, como audiencia por las redes y como amenaza por sociedades asustadas.

No son ellos quienes han puesto en crisis nuestra civilización. Son ellos, precisamente, quienes han revelado que ya estaba en crisis. El cadáver que llega a la playa no trae consigo el fracaso de África: devuelve a Europa, como un espejo, el rostro que Europa no quiere reconocer.

ESPACIOS SAGRADOS Y PODER RELIGIOSO

Desde los Zigurats de Mesopotamia
al Templo y la Jerarquía Cristiana



Los zigurats de Mesopotamia fueron las expresiones arquitectónicas y religiosas más emblemáticas de las grandes civilizaciones sumeria, acadia, babilónica y asiria. Estas inmensas torres escalonadas no eran templos destinados a congregar a los fieles, sino montañas sagradas artificiales concebidas como un eje de unión entre la tierra y el cielo. En su cima se encontraba un pequeño santuario considerado la morada terrenal del dios protector de la ciudad. Según la cosmovisión mesopotámica, la divinidad descendía periódicamente para habitar este recinto, donde su imagen recibía alimento, vestidos y cuidados rituales destinados a preservar el orden cósmico y la prosperidad del reino.

La disposición del zigurat reflejaba una concepción profundamente jerárquica de la religión. El acceso a la cima estaba reservado al rey y a la alta jerarquía sacerdotal, únicos autorizados para aproximarse a la presencia divina. El pueblo contemplaba el monumento desde abajo, mientras la comunicación con los dioses quedaba monopolizada por una reducida élite que administraba los rituales, interpretaba los presagios, custodiaba el saber religioso y legitimaba el poder político.

Esta exclusividad religiosa se tradujo también en un inmenso poder económico y administrativo. Los templos gestionaban tierras, almacenaban cosechas, organizaban el trabajo colectivo y recaudaban tributos. La proximidad a la divinidad justificaba así la autoridad de quienes afirmaban hablar en su nombre, convirtiendo la desigualdad social en un orden sagrado e incuestionable.

Este modelo de geografía sagrada y mediación sacerdotal ejerció una profunda influencia sobre las culturas del Próximo Oriente. El ejemplo más significativo fue el Templo de Jerusalén. Su estructura reproducía la misma lógica de compartimentación del espacio sagrado: el *Kodesh HaKodashim* o Santasantuario constituía el lugar de la presencia de Yahvé y permanecía vedado al pueblo. Sólo el Sumo Sacerdote podía penetrar en él una vez al año, durante el *Yom Kipur*. Del mismo modo que en Mesopotamia, la cercanía exclusiva a la divinidad confería a la aristocracia sacerdotal una autoridad religiosa que se proyectaba sobre los ámbitos político, social y económico.

Los evangelios presentan a Jesús de Nazaret como una figura que cuestionó de manera radical este modelo de religiosidad vertical. Su predicación desplazó el centro de la experiencia religiosa desde el templo hacia la persona. *«Llega la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre... los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad»* (Jn 4,21-24). Con estas palabras desaparece la necesidad de un lugar privilegiado donde Dios sea más accesible que en cualquier otro.

Del mismo modo, Jesús relativizó el sistema sacrificial que sustentaba el prestigio y el poder de la institución del Templo. Frente a una religión centrada en sacrificios, ofrendas y prescripciones rituales, situó en el centro la misericordia, la justicia, el perdón y el amor al prójimo. Su crítica a quienes convertían el Templo en un instrumento de poder y de beneficio económico culminó simbólicamente con la expulsión de los mercaderes, gesto que constituye una denuncia del uso de la religión como mecanismo de dominación.

La tradición cristiana interpretó además que, con la muerte de Jesús, *«el velo del Templo se rasgó de arriba abajo»* (Mt 27,51), imagen de enorme fuerza simbólica. El espacio reservado exclusivamente al Sumo Sacerdote dejaba de estar separado del resto de la humanidad. El acceso a Dios ya no dependía de una casta sacerdotal, de un recinto sagrado ni de un complejo sistema de mediaciones rituales. La relación con lo divino quedaba abierta a toda persona.

Sin embargo, la evolución histórica del cristianismo condujo, de manera gradual, a la reconstrucción de estructuras que recuerdan notablemente a los modelos anteriores. La comunidad de creyentes, inicialmente concebida como una fraternidad relativamente igualitaria, fue desarrollando una organización cada vez más jerarquizada. La figura del sacerdote volvió a adquirir un papel privilegiado como mediador de la gracia mediante la administración exclusiva de los sacramentos; los templos recuperaron su carácter de espacios especialmente sagrados; el altar pasó a desempeñar una función comparable, en términos simbólicos, a la del antiguo *sanctasanctórum*; y la autoridad doctrinal quedó concentrada en una jerarquía eclesiástica separada del conjunto de los fieles.

Naturalmente, existen diferencias teológicas profundas entre estos sistemas. El cristianismo no identifica al sacerdote con un intermediario necesario en el mismo sentido que las religiones mesopotámicas ni entiende el sacrificio eucarístico como una simple reedición de los antiguos sacrificios del Templo de Jerusalén. Sin embargo, desde una perspectiva sociológica e institucional, resulta difícil ignorar las semejanzas estructurales. En los tres modelos aparece una élite religiosa que administra el acceso a lo sagrado, custodia el conocimiento autorizado, regula la vida cultural y fundamenta una posición de autoridad sobre el resto de la comunidad.

Resulta, por ello, paradójico que una religión nacida del mensaje de Jesús —quien cuestionó la centralidad del Templo, relativizó el sacerdocio como instancia privilegiada de mediación y proclamó la cercanía inmediata de Dios a toda persona— terminara reproduciendo, aunque bajo formas teológicas diferentes, muchos de los rasgos característicos del paradigma religioso que había dominado durante milenios en Mesopotamia y que el judaísmo del Segundo Templo había heredado en buena medida. La historia del cristianismo muestra así una tensión permanente entre el impulso igualitario y desinstitucionalizador presente en el Evangelio y la tendencia histórica de toda organización religiosa a reconstruir espacios sagrados, jerarquías estables y formas de mediación que concentran el poder espiritual y, con frecuencia, también el social.